

La anécdota y el revés de la trama

Carlos Monsiváis

La potencia metafórica y alegórica del acto de contar se encuentra en la trama oculta de este texto de Carlos Monsiváis, donde el autor de Amor perdido revalora no sólo el poder fascinante de la anécdota sino su capacidad de convertirse en mito.

Tomo la definición del diccionario: “*Anécdota*. Relato breve de un hecho curioso que se hace como ilustración, ejemplo o acontecimiento”. Propongo la definición en uso: “Anécdota: hecho irrelevante que se transmite con el objeto de ilustrar lo superficial, lo divertido o lo apenas aleccionador”. Concluyo: a la anécdota, desde hace por lo menos medio siglo, le toca el papel más insubstancial de aquello desprovisto de importancia por sí mismo, lo que simplemente ocurre, la realidad secundaria o terciaria, la trama que jamás adquiere la elocuencia del tema. Así por ejemplo, y esto se acentúa con las modas críticas sucesivas, los ires y venires de un personaje suelen ser anecdóticos porque su función es ilustrar la ciudad, la época, la historia, o, más centralmente, los dispositivos del texto. No la acción sino su sentido se considera siempre lo fundamental, los acontecimientos son anecdóticos y lo profundo es la dialéctica entre la forma literaria y los sentimientos de los personajes. Los símbolos quedan para descifrarse de continuo, y lo que se entiende sin problemas es lo anecdótico, lo que ubica en un segundo plano. ¿Quién se desvela por registrar los hechos cuando puede enterarse de los significados, lo que ocultan o falsifican los hechos? Durante una larga etapa, la frase de Andy War-

hol es una herejía evidente: “Soy lo que están viendo. No hay nada detrás”. A la anécdota y lo anecdótico se les sentencia a únicamente moverse en la superficie, lo que deshecha la complejidad. Nada más alejado de la época posfreudiana y descodificadora que la idea contenida en la expresión: “Lo que se ve no se pregunta”.

* * *

¿Tiene sentido la defensa de la anécdota? ¿No es esto en sí mismo un recurso de la conversación? ¿Para qué elegir la anécdota (lo fragmentario) si se tiene al alcance la interpretación (el vislumbre de la totalidad)? Insisto en el tema, ya marcado por el ensayista colombiano Carlos Rincón, al que atraen los fragmentos, las interrupciones, los paréntesis y las anécdotas. En estas notas me acerco a sus razones.

* * *

Las consecuencias del desdén por lo anecdótico han sido y son de diversa índole, y la primera es subrayar

Klaus Kinski en el *Nosferatu* de Werner Herzog, 1979

Spencer Tracy como Mr. Hyde, 1941

la preeminencia de la forma sobre el contenido, lo que hace a un lado el voluntarismo y los sortilegios de la buena conciencia, y lleva en el extremo a eliminar cualquier consideración por la trama, relegada por lo común a la literatura *light*, que en rigor no es literatura. Allí, en esos libros donde la vista del lector profesional halla cómo detenerse, sí abundan los argumentos que se refieren con entusiasmo, pero en los circuitos críticos la idea misma del “argumento” de una narración no se aprecia. Si se diese una moraleja en esta visión o revisión de los textos es la preventiva: “Desconfía de las tramas”.

Al evidenciar las anécdotas, las tramas, los argumentos, a la zona de lo que nunca se toma muy en cuenta en la valoración estética, se produce un desequilibrio notorio en ésta, porque se hace a un lado la inventiva que integra la imaginación poética, la invención de un mundo paralelo que influye vastamente en lo real, el aprecio por los personajes que son en sí mismos la apoteosis de lo anecdótico. Por supuesto, esta depredación del valor de lo argumental no se aplica a todas las narraciones, peor si crea una perspectiva crítica que, en primer lugar, afecta la lectura de los siglos anteriores, tan entusiastas de la anécdota, y suele ver trucos o maniobras en lo que es desarrollo imaginativo. Gran parte de la literatura “popular” se sustenta en las sorpresas de lo anecdótico.

A la descalificación tan abrumadora de la anécdota se opondrían las evidencias de un desastre cultural, la disminución creciente en las nuevas generaciones de la capacidad de leer (descifrar) (interpretar) un texto, resulta no sólo de la fuerza acumulada del analfabetismo funcional sino del desvanecimiento del universo de las mitologías clásicas, de las citas históricas, de todo lo que, hasta antes de la revolución tecnológica y el triunfo de la imagen, integraba el expediente de lugares comunes a la disposición de libros, ensayos, artículos, intervenciones oratorias, conversaciones.

Así, y pongo unos cuantos ejemplos, ¿qué sucedió con Hércules en los establos de Augías? ¿Cómo se llamaba el ser amado de Manuelita Sáenz y por qué se le atribuye tanta importancia? ¿Qué quiere decir “el tonel de las Danaides”? ¿Por qué se dio “la humillación de Canossa”? ¿Demandó alguna vez Ganímedes a Júpiter por acoso sexual? ¿A qué orquesta pertenecían las trompetas de Jericó? ¿Qué festividad se celebraba la Noche de San Bartolomé? ¿En qué etapa de sus negociaciones con el tiempo se hallaba el que exclamó “Luz, más luz”? ¿Quién exclamó “Decíamos ayer” y quién murmuró “Y sin embargo se mueve”, y por qué se recuerdan frases tan comunes?

Han desaparecido la mayoría de las anécdotas y las frases anecdóticas que cuestionan el acervo de convenios de cultura de las personas medianamente enteradas de Occidente, todavía en la década de 1960. Esto diluye la capacidad de interpretar los textos, y provoca el fenómeno que José Emilio Pacheco llama “las alusiones perdidas”, la parte básica del tejido de siglos y generaciones. No aludo, aunque se prodiguen las evidencias, me tocaría hacerlo, al canje del universo literario por el de las imágenes; me limito a señalar el rol determinante de lo anecdótico en la fijación de los clásicos y el uso de las referencias compartidas. La anécdota es la gran ayuda de la memoria y es, en sus mejores instancias, la posibilidad de contener historias que ya no nos abandonan.

* * *

Reproduzco una parábola de los Evangelios, a su manera una alabanza de la anécdota. San Mateo capítulo 22, versículos 1-14:

1. Y respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo:



The Wolfman de Joe Johnston, 2009

2. El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que hizo bodas a su hijo.
3. Y envió sus siervos para que llamasen los llamados a las bodas; mas no quisieron venir.
4. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los llamados: He aquí, mi comida he aparejado; mis toros y animales engordados son muertos, y todo está prevenido: venid a las bodas.
5. Mas ellos no se cuidaron, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios.
6. Y otros, tomando a sus siervos, los afrentaron y los mataron.
7. Y el rey, oyendo esto, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y puso fuego a su ciudad.
8. Entonces dice a sus siervos: Las bodas a la verdad están aparejadas; mas los que eran llamados no eran dignos.
9. Id pues a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halláreis.
10. Saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos: y las bodas fueron llenas de convidados.
11. Y entró el rey para ver los convidados, y vio allí un hombre no vestido de boda.
12. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestido de boda? Mas él cerró la boca.
13. Entonces el rey dijo a los que servían: Atado de pies y de manos tomadle, y echadle en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crujir de dientes.
14. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.

Recurso al libro básico de la cultura de Occidente, la *Biblia*, en especial el Nuevo Testamento, y más específicamente los cuatro Evangelios. ¿Qué se encuentra

allí? Reflexiones de lo que entonces es la religión nueva que se desenvuelve en escenarios donde mucho del arraigo se debe a la hostilidad y la victimización, y en donde la fe crece al amparo de una multitud de hechos (milagros, particularmente) y parábolas. En ese sentido y sin temor a blasfemia, en buena medida los Evangelios son el anecdotario de Cristo. Doy ejemplos: el niño Jesucristo desconcierta y vence a los sabios del templo; Cristo expulsa a los mercaderes del lugar sagrado; Cristo camina sobre las aguas; Cristo perdona a la pecadora María de Magdala; Judas le da un beso a Cristo; Cristo resucita a Lázaro; Cristo en la cruz lanza las siete frases que serán las consignas de la cristiandad; Cristo resucita al tercer día.

A la distancia lo que se pone de relieve no son siquiera los hechos (tómese en cuenta el debate sobre el tiempo en que se escriben los Evangelios y sus verdaderos autores), sino las anécdotas que se transfiguran y alcanzan el rango de visiones canónicas. De allí el alud de interpretaciones y comparaciones y la validez que alcanzan en sí mismas, que repercuten a lo largo de la era cristiana. ¿No de hecho las evocaciones y las interpretaciones de los mártires laicos de los últimos siglos se apegan consciente o involuntariamente al esquema del vía crucis y la crucifixión? ¿No las experiencias de la conversión a cualquier credo se apegan al modelo de Saulo de Tarso en el camino a Damasco y la voz que escucha: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. ¿No durante la pandemia de SIDA, al comprobarse la eficacia de los nuevos tratamientos (la triterapia), se descubre el renacimiento de la esperanza en los enfermos como el “síndrome de Lázaro”? Si lo esencial del cristianismo es el Dios que se hace hombre con tal de ofrendar su vida en el Calvario y redimir a los humanos, entonces el peso del relato es primordial. ¿Y por qué no llamar *anécdota* al hecho escueto, el juicio de Poncio Pilatos, Herodes y Herodías, el dilema escenificado por la presencia de Barrabás, la condena?

Son elementos cruciales y son, también, el tejido de la cristiandad y sus alrededores agnósticos. La teología, al fin y al cabo invención conciliar, se asume sin que se entienda fuera del dogma, y el cristianismo popular o masivo es un haz de anécdotas y frases, que en el siglo XX el cine esencializa, y vuelve casi exclusivamente anecdótico. Con imágenes apoyadas en coros de intención angélica se divulgan y se fragmentan los dogmas y los textos canónicos. Se quiera o no, la teología para las masas halla su clímax no en la *Biblia* sino en las divulgaciones de la *Divina Comedia* (Dante Alighieri y Doré) y los filmes de tema bíblico. ¿Qué se ha creído del Infierno que no provenga del *tour* dantesco de Virgilio? ¿Qué versión de los paisajes bíblicos afecta más el imaginario colectivo que la de Cecil B. De Mille en *Los diez mandamientos* (dos versiones), y las reconstrucciones

nes de la Pasión, incluidas *Life of Brian* y *Pasión* de Mel Gibson? Se podría decir que dada la hegemonía de los efectos especiales, los milagros hoy llaman bastante menos la atención, también, y con más persuasión, es posible sostener otra hipótesis: sin el asidero de las anécdotas los misterios teológicos no pertenecían al repertorio de creencias de la mayoría. Místicos, discúlpeme. La anécdota, dicho sintéticamente, fija la escala humana de comprensión de lo sagrado.

* * *

En contra de la creencia abusiva en la anécdota, la cita de Nietzsche: *Los peores lectores*. “Los peores lectores son aquellos que se comportan como soldados en un saqueo: se llevan alguna cosa que pueden necesitar, ensucian y embarullan lo demás y acaban por ultrajarlo todo”.

* * *

En “La esfera de Pascal”, un texto de *Otras inquisiciones*, Borges señala: “Quizá la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas”. Y concluye: “Quizá la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas metáforas”. No identifico mecánicamente *metáfora* con *anécdota*, pero en un número de casos notables las dos entidades coinciden. Acudo a la Flor de Coleridge, tan recurrente en Borges: “Si un hombre atravesara el paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en la mano... ¿entonces, qué?”.

¿Cómo distinguir en los casos muy significativos entre anécdota y metáfora? Acudo a los ejemplos: *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, es una metáfora (el cuadro que asume los vicios de su modelo original y se va transformando con tal de trazar las consecuencias físicas de la conducta) y es también una anécdota poblada de frases de gran ingenio. La metáfora perdura al punto de que no resulte el retrato de Do-

rian Gray de uno o varios de sus fundadores, pero la anécdota también permanece, porque además de las consecuencias de la alegoría, posee en sí misma una fuerza lírica incontestable. La metáfora del alma cuya degradación se objetiva en lo que le rodea, se equilibra con el relato de un Narciso que con tal de persistir en el pecado múltiple criminaliza a su estanque.

La piel de zapa, de Balzac, propone una gran metáfora: la posesión del objeto que al conceder el éxito se acorta y reduce la vida de su poseedor. ¿No es también una anécdota que se establece por sí misma, la del objeto que se reduce ante la angustia de su propietario, que lo identifica con los años y los días a su disposición? En un caso la ambición se desespera, en otro el personaje abandona su credo simbólico y sólo tiene miedo. Por lo demás, en la novelística del siglo XIX no escasean las metáforas portentosas que son casi por lo mismo anécdotas que reclaman su derecho a carecer de interpretaciones, y validarse por su propia elocuencia. Esto lo ve con claridad Mark Twain en el aviso de *Aventuras de Huck Finn*: “La persona que intente hallar una causa en este relato será perseguida; la persona que intente hallar una moraleja será proscrita; la persona que intente hallar una trama será fusilada”. *Por órdenes del autor*.

Es apenas justo describir *Moby Dick* como una prodigiosa alegoría, pero siempre que se le menciona se dice: “Es el relato de la obsesión animalicida del capitán Ahab por la ballena blanca”. Atiéndase a *El extraño caso del doctor Jeckyll y Mr. Hyde*, de Robert Louis Stevenson, casi un género filmico por cuenta propia, y novela que antes de Freud difunde con elocuencia las noticias del inconsciente encarnado, como usted prefiera, por Mr. Hyde o por el doctor Jeckyll. Esta división de alma y cuerpo lleva al millonario borracho que ama y desconoce a Charles Chaplin en *City lights*, a *Rinocerontes* de Ionesco, y a comedias de —entre otros— Jerry Lewis y Eddie Murphy.

La anécdota como metáfora. En una de las grandes películas de Frank Capra, *It's a wonderful life*, el personaje encarnado por James Stewart, derrotado, con deudas impagables, se dispone a suicidarse. Aparece un ángel guardián (Henry Travers) y le propone el

¿Tiene sentido la defensa de la anécdota? ¿No es esto en sí mismo un recurso de la conversación?
¿Para qué elegir lo fragmentario si se tiene al alcance el vislumbre de la totalidad?

No identifico mecánicamente *metáfora* con *anécdota*, pero en un número de casos notables las dos entidades coinciden.

enigma siguiente: ¿qué sería la vida de tu familia, tus amigos y tu pueblo si no hubieras nacido? Y James Stewart se ve de regreso en su pueblo ese mismo día, pero ya sin que nadie lo reconozca o lo vea siquiera. Allí están su mujer, sin hijos, vuelta una solterona amargada, su tío, un alcohólico deplorable, y el pueblo en manos de un usurero. Stewart se arrepiente de su propósito y se regocija al regresar y ver lo importante que él ha sido para su medio. La fábula es navideña (yo veo la película escrupulosamente cada 24 de diciembre), y nada descentra a la metáfora (la anécdota) que halla el criterio más nítido de autoevaluación en una técnica: imaginarse el ámbito en que uno vive si uno no hubiera nacido, un ser con familia, amigos, círculo de trabajo, existencia normada por la economía y la política. La metáfora se extiende porque la anécdota la hace posible. “Cuando se acerca el fin, dice el Escritor Inevitable, ya no quedan imágenes del recuerdo: sólo quedan palabras”. También, al afinarse el recuerdo las anécdotas lo cubren casi todo.

Las anécdotas reverberan y en una variedad de casos resultan interminables los poderes de la metáfora. Vuelvo a Borges: En su cuento “Las ruinas circulares” el personaje, sin nombre, el mago, se aproxima a la extinción:

En un alba sin pájaros, el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó reflejarse en la aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

Por intermediación de sus grandes exponentes, un género literario considerado menor, la *science-fiction*,

hereda el legado de las metáforas que son anécdotas y viceversa. Ray Bradbury, entre otras crónicas marcianas, pone a circular el Cristo que recorre infinitamente los planetas en pos de su crucifixión y su resurrección; Richard Matheson describe al último ser humano en un planeta habitado sólo por vampiros; Philip K. Dick sitúa en los espacios siderales su versión del filósofo que se soñaba mariposa, o de la mariposa que se soñaba filósofo. En varios de sus textos, Dick recurre a la metáfora / anécdota de la imposibilidad de indagar la identidad última del personaje central. En *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, el personaje, un perseguidor de la especie falsa y verdadera, los replicantes, la enorme falla de la tecnología, la amenaza para los humanos, ignora si él es uno de ellos. Esto, trasladado a *Blade Runner*, la película de Ridley Scott sobre la novela de Dick, concentra la anécdota, la duda del que ignora si es un ser humano o si resulta una máquina tan altamente desarrollada que imagina su humanidad.

Marilyn Monroe declaró: “¿Dónde creen ustedes que yo estaría sin los silbidos a mi paso?”. De la misma manera, ¿dónde estaría el repertorio de las alusiones que aún comparten las sociedades sin los monstruos de Hollywood, anecdóticos por fuerza, metáforas que al no desgastarlas el tiempo devienen parte esencial del imaginario colectivo? Menciono a Drácula, King Kong, el monstruo de Frankenstein y el Hombre Lobo, y localizo algunos de sus orígenes: King Kong viene inequívocamente de la fábula de la Bella y la Bestia, el Hombre Lobo (Larry Talbot) es una versión de Jeekyll y Hyde; el monstruo de Frankenstein algo o mucho le debe a la leyenda medieval del Golem y el mito de Prometeo, y Drácula, además de la leyenda de los Cárpatos, deriva de los siglos de relatos de las posesiones satánicas. Y falta por mencionar al Doctor Fausto, que a diferencia de Jesucristo no resiste las tentaciones de Mefistófeles, tal vez por no estar a cargo de una misión divina.

* * *

Un complemento adecuado de las anécdotas son los chismes, tan vilipendiados y, socialmente, tan indispensables. Acudo a un libro excelente: *Museo del chisme* (Emecé, Cruz del Sur, 2005). Uno de los epígrafes es perfecto, y le corresponde al gran escritor vienés Karl Kraus: “Considerar que muchas cosas son insignificantes y que todo significa”. Otro epígrafe es del inevitable Borges, de un artículo de 1935: “Cierta vez una niña argentina proclamó que aborrecía los chismes y que prefería el estudio de Marcel Proust; alguien le hizo notar que las novelas de Marcel Proust eran chismes, o sea (aclaró tardíamente) noticias particulares humanas”.

Luego de estas invocaciones / advocaciones, Edgardo Cozarinsky, (Buenos Aires, 1939), escribe un ensayo magnífico, “El relato indefendible”, y le añade un contexto muy disfrutable: sesenta y nueve anécdotas transmitidas a modo de chismes o, si se quiere, sesenta y nueve chismes que al perseverar se convierten en anécdotas.

Cozarinsky pertenece en lo cultural, lo prosístico y lo amistoso a la última etapa de la revista *Sur*. Como sus amigos, Victoria y Silvana Ocampo, Adolfo Bioy Casares, José Blanco y Enrique Pezzoni, es lector versado en varias historias y literaturas, cosmopolita ensayista y cuentista excepcional. Además, es un cineasta muy reconocido. Entre sus libros: *El laberinto de la apariencia* (sobre Henry James, 1964), *Borges y el cine* (1974), *Vudú urbano* (prologado por Susan Sontag y Guillermo Cabrera Infante, 1985), *La novia de Odesa* (cuentos, 2001) y la novela *El rufián moldavo* (2004).

Procedo a una antología de su antología.

“TÚ NO TIENES POR QUÉ SABERLO...”

En sus excursiones sexuales por el norte de África, André Gide solía decir a los chicos con quienes se divertía: “Tú no tienes por qué saberlo pero en Francia soy un escritor muy conocido, aun famoso. Cuando conozcas a otros franceses, cuéntales que has estado conmigo para que vean que conoces a gente importante, para que te respeten”. Impresionados, agradecidos, los chicos le pedían su nombre. El afable y calvo señor de lentes respondía invariablemente: François Mauriac.

Fuente: Oral, Bernard Minoret, París, 1982.

“¿QUÉ OPINA, DOCTOR?”

Adolfo Bioy Casares solía recordar las muertes por gula que habían coronado la vida de algunos intelectuales. En la Argentina el historiador Carlos Alberto Erro

falleció después de haber vaciado en medio de la noche el contenido de su heladera; el profesor de Filosofía Francisco Romero también murió, después de haber ingerido el asado organizado en su honor por un grupo de intelectuales uruguayos. Entre las “últimas palabras” menos prestigiosas que registra la Historia, mencionaba las pronunciadas por el gran poeta católico Paul Claudel: “¿Qué opina, doctor? ¿Habrá sido el salchichón?”.

Fuente: Oral, Adolfo Bioy Casares a E.C. 1995; luego impresa: *Descanso de caminantes*, Buenos Aires, 2001.

“¿CÓMO?”

La hijita de Luis XV jugaba con una sirvienta. De pronto le tomó una mano y la observó, incrédula. “¿Cómo? ¿Tienes cinco dedos, igual que yo?”.

Fuente: Chamfort, *Caractères et anecdotes*, París, 1795.



Boris Karloff como Frankenstein, 1931



King Kong de Peter Jackson, 2005

“COMO EN LOS CUENTOS MÁS TRADICIONALES”

Entre 1936 y 1938, Alfonso Reyes fue embajador de México en la Argentina. Notorio *ladies' man*, el gran escritor y erudito se enamoró apasionadamente de una gran actriz porteña, popularísima en el teatro de *boulevard* y que más tarde renovarían ese éxito en el cinematógrafo. Don Alfonso no se ocupó de ocultar la relación y aparecía a menudo en público acompañado por la burbujeante rubia. Para la diplomacia de la época, esa desaprensión era censurable y el embajador fue advertido de su imprudencia, en una conversación telefónica amistosa, por el ministro de Relaciones Exteriores de su país. Observó la discreción pedida durante unas semanas y volvió luego a su vida habitual. Una segunda advertencia llegó muy pronto, en una carta adornada por mucho recaudo amistoso y efusivas expresiones de respeto intelectual, y encabezada por un sello que la declaraba “confidencial”; la siguió un nuevo periodo de recato y un nuevo regreso a la indolencia. Como en los cuentos más tradicionales, un tercer, definitivo mensaje apuró la conclusión. Su forma habría sido la de un telegrama como sólo un presidente puede enviar a través de los servicios telegráficos normales: “La embajada o la puta. Cárdenas”.

Fuente: Oral, Victoria Ocampo,
Buenos Aires, ca. 1970.

“Yo sí...”

En una fecha que ya nadie podrá precisar, llegan al mismo tiempo ante la puerta giratoria de un hotel ma-

drileño (Ramón del) Valle-Inclán y (Jacinto) Benavente. Vacilan ante ella, inseguros de a quién corresponde la precedencia. Finalmente, Valle-Inclán, impaciente, airado, pasa mascullando: “Yo no le cedo el paso a un puto”. Benavente, sumiso, sonriente, murmura: “Yo sí...”.

Fuente: Oral, Emilio Sáenz de Soto,
Madrid, ca. 1995.

“DUERMA USTED BIEN”

En tiempos de Franco, en España, nadie tenía las llaves de la puerta de calle de su domicilio, de noche, era necesario llamar a un sereno que deambulaba por el barrio con su pesado anillo de llaves, como un san Pedro al servicio de la policía, a la que mantenía informada de cualquier “irregularidad”. Esos ínfimos guardianes del orden, desde luego, podían ser corruptibles.

Un chulo ingenuo acompaña una noche a Luis Escobar hasta su casa. Mientras esperan al sereno, exige del famoso hombre de teatro, marqués de las Marismas, una suma de dinero con la amenaza de denunciarlo por intento de “corrupción”. Aparece el sereno y Escobar, imperturbable, le pide que lo espere un momento en compañía del joven mientras sube a buscar algo que debe entregarle. Un momento más tarde reaparece envuelto en un mantón de Manila, un peinetón en la calvicie y castañuelas en los dedos, enfrenta al aprendiz de chantajista: “¿Escandaletes a mí?”. El chulo huye despavorido, y el sereno cierra la puerta con un impávido “Duerma usted bien, don Luis”.

Fuente: Oral, Pancho Murature,
Buenos Aires, ca. 1971.

“HACER CREER”

“Me contó Gisèle Freund que, cuando Victoria Ocampo recibió en su casa de Buenos Aires, a pan y mantel, a Roger Caillois, le ordenó que se bañara todos los días. Un día la criada se descuidó, abrió el baño y descubrió que Caillois, sentado junto a la bañera leyendo un libro, hacía ruido agitando el agua con una mano para hacer creer que se bañaba”.

Fuente: Alfonso Reyes, *Anecdotario*,
México, 1968.

“¡BASTA!”

A principios de los años cincuenta, Victoria Ocampo decide publicar en *Sur* una traducción de *The Mint*, el

relato autobiográfico de su admirado T.E. Lawrence, donde éste describe con crudeza la vida de cuartel de los pilotos de la RAF.

Algunas obscenidades del texto la deciden a publicar dos ediciones simultáneas del libro, para eludir la censura peronista: una levemente expurgada, de venta pública; otra completa, que se venderá por suscripción. Decide asumir ella misma la traducción, con la complicidad amistosa de Ricardo Baeza.

Una tarde de verano, en el jardín de Villa Ocampo en Mar del Plata, ambos traductores se enfrentan cada uno ante su máquina de escribir, para resolver una cuestión espinosa.

En el libro se habla mucho de masturbación y Victoria quiere traducir “hacerse paja”. Baeza, siempre casto, prefiere “hacerse la puñeta”. Tras un intercambio de opiniones, Baeza esgrime un argumento que no puede sino ofender a su amiga: “puñeta” es más correcto porque deriva de puño, forma que adopta la mano del hombre en el acto de masturbarse. “Las mujeres también se masturban y al hacerlo su mano no adopta forma de puño”, replica, airada, Victoria.

Continúa la discusión cada vez más áspera hasta que la dueña de la casa decide terminarla: “¡Basta! ¡Este libro sale en la Argentina y aquí nadie se hace la puñeta, en la Argentina todos se hacen la paja”.

Fuente: Oral, José Bianco,
Buenos Aires, 1965.

ANÉCDOTAS MEXICANAS

EL CREYENTE DUERME, EL ATEO RELINCHA

Mi padre presenció esta escena, ocurrida en el comedor de la casa de Cadena 8, residencia de don Porfirio.

Le daban cuenta del resultado del censo, en lo referente al Colegio Militar, y al llegarse al capítulo de la religión se ponía en labios de los alumnos la palabra “ninguna”.

—Serán caballos, comentó el Caudillo de Tuxtepec.

DEL INGENIO YANQUI O DE LA INOCENCIA CACIQUIL

Trabajaba yo en la United States Banking Co., allá por 1908, y vi y oí lo siguiente:

El “Chante” Flores, don Damián, que había sido, o fue después, gobernador del Estado de Guerrero, se presentó a cobrar un cheque, y un norteamericano, de apellido Powell, le pidió conocimiento de firma.

—A mí me conocen hasta los perros, dijo el personaje en cuestión.

—Pues bien, contestó el yanqui con toda calma: traiga usted un perro conocido del banco que lo identifique...

A CAMBIO DE LA PROMESA MATRIMONIAL

Don Ramón Bastard y Córdoba era un caballero tabasqueño que cuando lo conocí contaba más de setenta años de edad, y sin embargo, se mantenía fuerte y gallardo.

Para poner el carácter de sus coterráneos, —era nativo de Teapa—, me contó la siguiente anécdota.

—Cuando era novio de mi actual esposa le regalé un anillo de oro, muy bonito, que tenía dos manitas estrechándose. Naturalmente se lo di para que lo usara, y al ver que durante varios días no lo llevaba puesto, le dije: ¿Andreíta, qué usted pasó con el anillo?

—No me había acordado de él...

—Pues lo compré para que se lo pusiera, y se lo pone.

—Sí, me lo pondré mañana.

—No, ahora mismo.

—Ahora mismo no.

—Pues sí; pues no...

—Si no se lo pone usted luego me corto este dedo —y saqué mi navaja y me lo corté...

Y al terminar su narración don Ramón enseñaba un dedo, al que le faltaba casi toda una falange.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE NO HAY SAQUEO SINO PRESERVACIÓN

En cierta ocasión, fui a comer a una fabulosa residencia que tenía en San Ángel Hugo Olvera, que como

¿Dónde estaría el repertorio de las alusiones que aún comparten las sociedades sin los monstruos de Hollywood, anecdóticos por fuerza, metáforas que son parte esencial del imaginario colectivo?

rejoneador se hacía llamar Juan Cañedo, y tras de recorrer el extensísimo parque, en el que había un jardín zoológico, y visitar las ciento y pico de caballerizas con que contaba la finca, recorrimos el interior de ésta, y al llegar a un salón chino, me dijo la dueña de la casa:

—Mi padre (el general Maximino Ávila Camacho) vio estos muebles abandonados en Palacio, y se los trajo, para que no se echaran a perder. (Textual).

Eran los muebles que la Emperatriz de China regaló a don Porfirio en 1910...

DE CÓMO ERAN LAS ELECCIONES ANTES DE QUE EL SNTY Y EL IFE LAS CLARIFICASEN VIRTUOSAMENTE. 26 DE JUNIO DE 1910

A propósito de elecciones libres, cuéntase la siguiente anécdota. Corría el primer periodo presidencial del

Caudillo, y al avecinarse una de estas farsas democráticas que pueblo ninguno practica con pureza, la Gran Bretaña *in cápite*, así todos las cacareen y aun por ellas se maten si a mano viene, don Protasio P. Tagle o don Justo Benítez —repúblicos integérrimos que creyeron erróneamente poder manejar a su guisa al General Díaz—, separados o juntos le aconsejaron que no fuera a ejercer presión ninguna en los inminentes comicios, no obstante lo que el Presidente se oponía a ensayo tan peligroso a causa de la impreparación de los votantes presuntos. Tales serían las instancias de aquellos señores sus amigos, consejeros y partidarios, que el Presidente cedió, pero con una sola taxativa: que el ensayo se hiciese primero con la elección de regidores para el ayuntamiento metropolitano; organismo compelido por razones de ubicación, historial y propio decoro a comportarse harto mejor que los remotos y de importancia mínima. Y sucedió, que los munícipes elegidos resultaron lo peor de lo malo, y que por culpa del sufragio libre para siempre se evaporaran preseas históricas: ¡la escribanía y los candelabros de plata quintada que desde el siglo XVI fueran orgullo de la benemérita corporación edilicia!...

DE CÓMO LAS TRADUCCIONES ECLIPSAN LAS REVOLUCIONES. NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1910

Gamboa describe desde Palacio Nacional una escena revolucionaria: un arremolinamiento de gente dichosa, un destemplado gocerío, fogonazos con sus sendos truenos inconfundibles, el remolino humano que avanza de prisa rumbo a Palacio:

—Tiros, ¿verdad? —exclamó Bünz (embajador especial de Alemania).

—Posiblemente —repuse—, cohetes o tiros disparados al aire por el júbilo que la fecha provoca.

El remolino siguió avanzando, hasta no desfilan por debajo de nosotros, que desde el balcón lo contemplábamos, Bünz intrigado y yo sin sangre, pues ya se descifran los gritos, vivas a Madero, y ya véase qué era lo que en alto llevaban; un retrato en cromo del mismo Madero, enmarcado en paños tricolores.

—¿Qué gritan? —me preguntó Bünz.

—Vivas a los héroes muertos y al presidente Díaz —le dije.

—Y el retrato ¿de quién es? —tornó a preguntarme.

—Del General Díaz —le repuse sin titubeos.

—¡Con barbas! —insistió algo asombrado.

—Sí —le mentí con aplomo—, las gastó de joven, y el retrato es antiguo...

De Federico Gamboa, *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Segunda serie II, Editorial Botas, México, 1938. ■

